

Fr. Marie-Étienne Vayssière OP

LA DEVOCIÓN A SANTO DOMINGO



TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PRAEDICATORUM

www.traditio-op.org

El 7º Centenario de la Canonización de Santo Domingo llega a su fin; que nuestros corazones se regocijen en la aureola de gloria donde se erige el Patriarca de los Predicadores. Desde las fiestas de Tolosa y de Prouille, celebradas con tanto brillo el último julio, las solemnidades se han sucedido en la Iglesia, las voces más autorizadas han vuelto a declarar su admiración, la piedad de los fieles se ha afirmado con simpatía y fervor. Es un magnífico concierto de alabanzas y, para los hijos de Domingo, una hora de orgullo y alegría.

Esta alegría y este orgullo se reúnen, a través de los siglos, con el entusiasmo que suscito toda la Orden, cuando el 3 de julio de 1234, la Sede Apostólica, en la voz de Gregorio IX, proclamo por primera vez, a la faz del mundo católico, la santidad de Domingo. ¡Qué emoción ver al Santo Patriarca elevarse y resplandecer sobre esta cumbre de toda gloria humana y divina!

Todo hacía presentir de antemano esta glorificación: “No dudo de la santidad de Domingo, decía el Papa Gregorio IX que lo había conocido íntimamente, como no dudo de la Santidad de los apóstoles Pedro y Pablo”. Esta santidad se había mostrado de algún modo con el último latido de su corazón. En efecto, nos dicen los cronistas contemporáneos, apenas su alma había dejado el cuerpo, por un misterioso prodigio, el dolor que atenazaba a sus hijos se transformo súbitamente en una alegría sobrenatural; no veían ya, delante de sus restos inanimados, a su Padre vencido por la muerte; solo contemplaban su gloria, con una certidumbre inefable sentida en el fondo de sus corazones; un canto de triunfo siguió a las lamentaciones, una alegría inenarrable, alegría del cielo, los penetro maravillosamente.

Primer resplandor de una gloria que iba desde ahora a aumentar sin cesar.

A pesar de la excesiva reserva de sus hijos, la tumba de Santo Domingo comenzó a atraer muchedumbres y, por milagros incesantes, manifestó a la tierra su gloria en el cielo.

Además, el día del traslado de su cuerpo, un inefable perfume se desprendía del ataúd entreabierto: símbolo expresivo de esta gracia de santidad, asombro de sus contemporáneos, y que, desde entonces a través de los siglos no ha cesado de afirmarse.

El 7º Centenario la hace resplandecer hoy con una luz todavía mejor... Con el ejemplo de nuestros hermanos del siglo XIII que acudían al llamado del bienaventurado Jordán, a venerar y besar los restos sagrados de Domingo, y guardaban durante mucho tiempo en sus labios el inefable perfume de este beso, aproximémonos a nuestra vez al Santo Patriarca: con filial ternura inclinémonos sobre su recuerdo con una fe más viva; penetremos más de su pensamiento, de su espíritu y de sus virtudes; renovemos, en una palabra, en este contacto filial, nuestra vida religiosa y dominicana.

Uno de los principales deberes de nuestra tarea consiste en recordar a menudo a los Hermanos, los deberes de su vocación, el ideal de santidad que se impone a sus esfuerzos. Aquí, precisamente, está la gran lección de este centenario.

Lo que se nos propone en Santo Domingo, no es tanto su aureola de Fundador y la fecundidad de su apostolado, como su santidad supereminente. Lo que se nos repite sobre todo, es la gran palabra de los Libros Santos: “Aspice et fac secundum exemplar quod tibi ostensum est in monte: Mira y vive de conformidad con el modelo que se erige ante tus ojos en la montaña”.

Frente al alma de Domingo, verdadera montaña de santidad, detengámonos, pues, abramos los ojos, miremos a nuestro Padre sobre estas alturas sagradas donde la Iglesia lo colocó hace siete siglos, y donde con un gesto maternal nos invita a contemplarlo todavía hoy. Miremos, para mejor penetrarlo y comprenderlo; miremos para mejor reproducirlo; en esta mirada de amor y en esta generosidad del corazón residen verdaderamente la gracia y las resoluciones de este Centenario. Aquí se trata fundamentalmente de nuestra vocación, de nuestro lugar en la Iglesia y en el mundo de hoy.

I - LOS FUNDAMENTOS DE LA DEVOCIÓN A SANTO DOMINGO

Estudiada en la verdad de la historia, ninguna fisonomía de Santo aparece más atractiva y simpática que la de Domingo. El odio de los enemigos de la Iglesia, es verdad, se ha aplicado a deformarla; y la imaginación popular, engañada por incesantes calumnias, ha visto, y demasiado frecuentemente todavía, al dulce Patriarca de los Predicadores a través de estas calumnias.

Pero es necesario decirlo: la verdad está en el polo opuesto.

En la lejanía del siglo XIII, entre sus contemporáneos, quien aparece con una amabilidad más seductora que este Pobre de Cristo, este humilde e infatigable misionero de la Verdad, caminando a pie con la alforja al hombro, cantando cánticos a la Virgen, llorando por la suerte de los pecadores, arrodillándose a la entrada de las ciudades y pidiendo con lágrimas al Señor no castigarlas por sus pecados: imagen viva del Salvador del mundo, dulce y humilde de corazón, que pasa en medio de los hombres haciendo el bien.

Los rasgos naturales de nuestro bienaventurado Padre:

Conocemos el maravilloso retrato de Domingo trazado por la hermana Cecilia: “Su talla era común, bien proporcionado, su cuerpo delicado y ágil, su rostro bello, abundantes cabellos y barba de rubio intenso; de su frente, entre las cejas, brotaba una claridad radiosa que atraía el respeto y el amor; siempre estaba alegre, de buen humor, salvo cuando estaba emocionado por alguna aflicción del prójimo; tenía manos alargadas y bellas, una voz noble y sonora; tenía su corona de religioso íntegra, salpicada de algunos cabellos blancos. La misma mano del Creador había moldeado este cuerpo delicado y lo había enriquecido con su gracia con el fin de que fuera, para el Espíritu Santo, un santuario digno de sus dones y de sus operaciones”.

El retrato que el Beato Jordán traza del Bienaventurado Padre no es menos atractivo: “Había en él —dice— tal pureza de Vida, un movimiento tan grande de fervor divino, un impulso tan impetuoso hacia Dios que era verdaderamente un vaso de honor y de gracia. Nada perturbaba jamás el equilibrio de su alma, sino la compasión por los males del prójimo. La belleza y la alegría de sus rasgos trasuntaban su serenidad interior que ni el menor movimiento de cólera oscureció jamás; su bondad ganaba todos los corazones; apenas se lo veía, uno se sentía irresistiblemente atraído hacia él; acogía a todos en el seno de su caridad; amaba a todos los hombres, era amado por todos; daba la noche a Dios y el

día al prójimo. Nada le parecía más natural que regocijarse con los que estaban en la alegría y llorar con los que lloraban; nunca hubo en su conducta la sombra de una simulación; nada igualaba la simplicidad de su corazón; ¿quién podrá jamás alcanzar la virtud de este hombre? Mucho podemos admirarlo, pero poder lo que él pudo, reproducir lo que hizo, sólo pertenece a una gracia singular que solo Dios da a aquellos que quiere elevar a las alturas de la santidad”.

La gloria humana de Santo Domingo:

¿Puede uno, por tanto, sorprenderse de la irresistible seducción ejercida durante su vida por Santo Domingo? ¿Y no es todavía el secreto de su ascendiente, en el curso de los siglos, hasta nuestros días? De la misma manera que el perfume celeste en el momento del traslado de sus reliquias, embriago de inefables delicias a los que fueron testigos, el aroma de su santidad y la dulzura de su gracia no han cesado a través de las edades, de atraer y conquistar almas. Allí está la historia para decírnoslo, en la diversidad de sus voces: voces de los Papas y grandes de la tierra, voces de los pequeños y humildes, voces de los pueblos, voces de la poesía, de las artes, de la elocuencia, voces de todo lo que puede, aquí abajo, vibrar y cantar: todo se une para celebrar a Domingo y hacernos ver en el uno de los más altos mensajeros del amor divino en la tierra, uno de los Patriarcas más venerados con que se honra la Iglesia.

Pero, ¿lo diré?, esta gloria humana, esta admiración y estas simpatías, por más que despierten un gozoso orgullo en el corazón de sus hijos, no podrían ser el verdadero fundamento de nuestra devoción y la fuente profunda de nuestro amor y de nuestra confianza. La gloria de Santo Domingo tiene un origen más alto y debe establecerse sobre un fundamento más sólido. La verdadera gloria de los santos aparece sobre todo en el culto con que la Iglesia los honra y este culto se mide por la irradiación de la vida divina en su corazón y en la misión sobrenatural de la cual están investidos.

Nuestra predestinación en Santo Domingo:

En la formación y desarrollo del cuerpo místico de Cristo, la bondad divina, sin ninguna duda, es, por si misma, infinitamente suficiente, no necesita de ayudas exteriores para conseguir sus fines, pero, por amor a la criatura y para aumentar su gloria y felicidad, se complace a menudo en llamarla a colaborar y asociarla, como segunda causa, a su actividad infinita. Así, dice Santo Tomás, los ángeles de las jerarquías superiores iluminan

a los ángeles de las jerarquías inferiores. Lo mismo pasa en el mundo de la gracia y de la gloria: desde el corazón de Cristo, foco divino donde reside en su plenitud, la gracia desciende y se difunde en los Santos según la medida del don que se les ha concedido. Aquí está el punto de partida del culto que debemos a Santo Domingo.

Es nuestro Padre:

¿Qué es Domingo desde el punto de vista de nuestra Fe? Es nuestro Padre. Dios lo ha asociado al inefable misterio de su Paternidad. El amor eterno, que en el principio de las cosas ha dispuesto todo con infinita sabiduría, nos ha querido, elegido y predestinado en Santo Domingo. Nos ha hecho sus hijos; nos ha unido con un lazo inefable y vital. Ha querido que, como Abraham, fuera el Padre de numerosas generaciones. Le ha dado la gracia de los Patriarcas.

Y, notémoslo bien, esta paternidad no es solo un simple título de honor: se acompaña de una gracia proporcionada a su gran misión; lo mismo que Dios ha dado a su Cristo una gracia plenaria, capital, que, desde su Corazón, se expande sobre todo el Cuerpo místico, de igual manera a Santo Domingo, como a diversos Patriarcas de la vida religiosa, le ha dado esta plenitud de la gracia de la cual debe vivir su descendencia, plenitud recibida de Cristo y, por su intermedio, derramándose en el alma de sus hijos.

Es nuestro mediador de intercesión:

Otro privilegio más: lo mismo que Cristo es, en el mundo de los elegidos, Mediador de redención y de vida, Domingo, siempre dependiendo de Él, es, para su familia religiosa, mediador de intercesión. Representa allá en lo alto, ante Dios, a sus hijos, llevándolos en los brazos de su ternura, ofreciéndolos sin descanso a Su infinita misericordia, canal de la vida que los alimenta, sabiduría que los conduce y dirige, poder que los asiste, ternura que los estrecha incesantemente contra su pecho donde resuena como un eco lejano, debilitado sin duda, pero sin embargo real, la grande y eterna palabra: “Este es mi hijo amado, en quien tengo mis complacencias”.

He aquí lo que es Domingo, he aquí lo que somos nosotros: él es nuestro Padre y nosotros somos sus hijos ¡Certidumbre inefable!, y en esta certidumbre, ¡que viva y radiante luz sobre las relaciones que nos deben unir a él y cuan potentes e íntimas se nos aparecen!

Esta luz se hace todavía más viva si, después de haber considerado en su principio el misterio de nuestra predestinación, nosotros estudiamos sus consecuencias en el porvenir, al final de los siglos, en esa hora suprema cuando el tiempo terminará su curso y el Hijo devolverá toda realeza a su Padre.

Nuestra glorificación en Santo Domingo:

Hijos de Santo Domingo, ¿dónde estará nuestro lugar en el resplandor de los Santos? En Dios, sin duda, en el Cristo que nos será “todo en toda cosa”; en María, siempre Madre, allá arriba, como Ella lo ha sido abajo; y luego, no titubeo en agregarlo, en Santo Domingo, en el corazón mismo del glorioso Patriarca. Los dones de Dios son, en efecto, sin arrepentimiento. Las leyes puestas por El se desarrollan en una armonía y una fidelidad garantizadas por su infinita sabiduría. Nuestra gloria, allí en lo alto, será la coronación misma de esta gracia en la cual hemos sido predestinados y concebidos. Predestinados en Santo Domingo, seremos glorificados en Santo Domingo.

La familia Dominicana querida y organizada por Dio: desde la eternidad para un fin especial en el seno de la inmensa familia de Cristo, después de haber cumplido su misión providencial en el tiempo, se reencontrará allá arriba, en la integridad de su predestinación primera, es decir en Santo Domingo, vivificada por su gracia patriarcal, transformada en los resplandores de su gloria, cobijada todavía en ese mismo corazón donde Dios puso nuestros orígenes y donde, después de haber bebido nuestra vida en el tiempo, debemos gozar del eterno reposo, y, en él y con él, cantar la alabanza sin fin. Durante los días de su vida mortal, nos dicen las viejas crónicas, a la hora de la salmodia y de la oración la voz de Santo Domingo se elevaba en medio del coro, ardiente, arrobada, para impulsar y levantar a sus hermanos: ¡Viriliter, frates: con más vigor, hermanos! le gustaba decir una y otra vez. En este día de la alabanza sin fin, en el abrazo de la eterna y suprema salmodia, ¿no es permitido a nuestra devoción y a nuestra fe, contemplar a Domingo todavía en la llama de su voz, en el ritmo de su corazón y de su gesto, impulsando a sus hijos al cántico arrobado del Amor Eterno?

Nuestra vocación y nuestra vida en Santo Domingo:

He aquí nuestra eternidad: en Domingo y con Domingo siempre. Vosotros vislumbráis la conclusión: estas visiones de eternidad, ¿no colocan acaso bajo una luz decisiva y victoriosa nuestra vida en el tiempo? ¿No es acaso la gloria la gracia desarrollada

y elevada a su más alta potencia? ¿La intimidad de nuestra unión con Santo Domingo, preparada por nuestra predestinación y tan viva en los siglos eternos, no nos dice mejor que cualquier razonamiento cuan profunda debe ser en el tiempo, y cuan vigoroso debe conservarse el lazo de devoción y amor trenzado por Dios mismo para unirnos con más fuerza y sin fin a nuestro Bienaventurado Padre?

Este deber aparece no menos perentorio en la claridad de una nueva consideración que no debemos dejar de lado: no olvidemos que nuestra vocación dominicana ha sido adquirida y realizada por Santo Domingo a costa de los más duros sacrificios.

Cuando, en efecto, en el curso de sus peregrinaciones apostólicas, Domingo, solitario y entristecido al ver triunfante la herejía, recorría las llanuras del Languedoc; cuando, burlado, contradecido, perseguido, iba clamando al cielo el gran grito de su alma de apóstol: “Señor, ¿qué será de los pecadores?”; cuando, en las largas jornadas de viaje, dejando a sus compañeros adelantarse, conversaba de corazón a corazón con su Salvador bien amado, o bien, con su gran voz arrojaba a los ecos de la llanura las estrofas del *Ave marís stella* o *Veni creator*. ¿Qué pedía al Espíritu divino o a la Reina del Rosario? Sin duda la conversión del pueblo herético que lo rodeaba, pero también y sin duda nos cabe pensarlo, pedía y llamaba con toda su alma a las futuras legiones de Predicadores, la Obra conquistadora que debía multiplicarle y perpetuarle en la Iglesia; estas “luminarias del mundo”, estos “atletas de la fe”, estos Predicadores que serían los obreros del porvenir, los obreros de la cosecha de la cual percibía él, en el horizonte, el alba blanquecina. Para ellos, ciertamente, y sin descanso, prodigaba oraciones y fatigas, lágrimas e inmolaciones, en una palabra, lo mejor de su vida.

He aquí pues donde nuestra vocación religiosa nace una vez más. Después de su despertar en Dios, en el centro del Amor Eterno, ella surge de las mismas profundidades del alma de Domingo; somos los hijos de su corazón, los frutos de su oración, los trofeos de su sangre.

Por lo tanto, en los días de este centenario, al ver a nuestro Bienaventurado Padre tan gloriosamente exaltado, no nos contentemos con el estremecimiento de un santo y filial orgullo, tomemos más bien y sobre todo conciencia del deber que se nos impone.

Frente al mundo católico que lo admira y canta, ¡que cante y vibre, más ardiente aun en el fondo de nuestros corazones, la ternura filial que le debemos! Es nuestro Padre y es en su gracia que nuestra vida ha nacido. Seamos sus verdaderos hijos.

II - CARÁCTER DE LA DEVOCIÓN A SANTO DOMINGO

Pero, ¿cómo traducir nuestra devoción a Santo Domingo? Si para este Padre bienamado el corazón de sus hijos debe ser de fuego, cuál será la llama de este fuego? Tratemos de decirlo.

En la gracia del Santo Patriarca:

El esplendor de un foco se mide por la potencia de sus rayos; la gloria de los Fundadores de Ordenes, se mide por la extensión y perfección de su sobrevivencia. Su verdadero triunfo es ver la idea eterna en la cual han sido concebidos perpetuarse a través de los siglos; es revivir ellos mismos en el alma de sus hijos. Es reencontrarse en ellos en la verdad de su gracia y de su espíritu, en ese mismo soplo de vida que levanta y hace latir su corazón. He aquí la gloria y el gozo profundo de los Patriarcas de la vida religiosa. He aquí la gloria y el gozo de Domingo.

Con el ejemplo de nuestros santos:

Tal es, por consiguiente, la ambición que se impone al alma dominicana. Ambición, nos complace decirlo, siempre viva y activa en los siglos de su historia: la biografía de nuestros santos es, desde este punto de vista, grandemente instructiva: es en su seguimiento y, de algún modo, en la huella de Santo Domingo, que han avanzado en la vida; acercarse a él, unirse a él, fundirse con él en una perfección creciente, he aquí su deseo incesante. Si quisiéramos entrar en detalle, sería fácil probarlo, pero esto nos llevaría demasiado lejos. Dejarme, simplemente, citar un ejemplo reciente y que, entre todos, debe hablar a nuestras almas: lo sacamos de la vida del Rmo. Padre Cormier, que muchos de nosotros hemos conocido y amado. En el corazón de este Padre Venerado, Santo Domingo vivía con una intensidad de pensamiento y de amor verdaderamente admirable: mirarlo, estudiarlo, imitarlo, revivirle, era su necesidad incesante. “Oh Domingo —decía él a menudo— ven y vive en nosotros”. Llamado a ser el sucesor de Santo Domingo en el gobierno de la Orden, y buscando una divisa donde se expresara a la vez tanto el secreto de su vida interior como el espíritu de su magisterio, su pensamiento se asentó sobre la gran palabra de San Pablo elegida por el santo Pontífice Pío X como divisa para su Pontificado: “Instaurarlo todo en Cristo”, y, modificándola en el sentido de su gracia dominicana, decía: “Instaurarlo todo en

Santo Domingo”. “Instaurare omnia in Dominico”. Vale decir encuadrar todo en su recuerdo, animar todo con su espíritu, vivificar todo con su gracia, consumir todo en su caridad. Magnífico ideal, y que no puede dejar de seducir nuestras almas, consagradas a la misma vocación.

¿Cómo?:

Y ¿cómo realizar ese ideal? He aquí, según nos parece los mejores medios.

Vivir en su recuerdo:

1º. Ante todo, vivamos habitualmente en el recuerdo de Santo Domingo. Conocéis el proverbio “Ubi amor, ibi oculus”: la mirada sigue por instinto la inclinación del corazón. Es un hecho de la experiencia, y cada uno puede constatar su verdad: cuando se despierta en nosotros una simpatía, enseguida se quiere conocer más a esta persona: la busca el ojo, el pensamiento la sigue, no es posible separarse de ella.

¡Y bien! Aquí está el primer carácter de nuestra devoción a Santo Domingo. ¿Es necesario insistir, después de lo que hemos ya dicho? Domingo, fuente bendita de nuestra vocación religiosa, forma viva de nuestra santidad, ¿no debe acaso iluminar, en la luz de un fiel y continuo recuerdo, la vía cotidiana donde caminamos? ¿No es ello, en nuestra vida dominicana, como un primer principio que debe dirigirlo todo, a la vez el conjunto y el detalle? ¿Pensamos en ello suficientemente? ¿Es algo infundado temer que ciertas almas, dominicanas por el hábito y la profesión, lo sean insuficientemente por el corazón en sus relaciones con el Bienaventurado Padre? Excepción rara sin duda, pero, una vez más, ¿es infundado ello?

Guardar íntegro su ideal de vida:

2º. No solamente el alma dominicana no debe buscar su ideal fuera de Santo Domingo, sino que debe este mismo ideal, conservarlo y salvaguardarlo con amor en su bella y virginal integridad. Tiene que tener cuidado de no transformarlo o, más exactamente, no deformarlo a capricho de concepciones personales. Debe aceptarlo tal

como Dios lo ha hecho. No le corresponde a un religioso crearse él mismo su ideal. Ha sido encarnado por Dios mismo en el alma del Fundador. Su alma de Padre expresa en rasgos vivos lo que debe ser el alma de sus hijos. Querer acomodar y sujetar a ideas subjetivas los deberes de nuestra vocación sería una tendencia gravemente reprehensible. En vano se buscaría colorear con los mejores pretextos tal pretensión: desconfiamos de toda innovación que se aparta de lo dado tradicionalmente. Permanecer, en este punto, fiel a Santo Domingo, es, en realidad, permanecer fiel a la voluntad de Dios mismo.

Conocer este ideal más profundamente:

3°. Este ideal dominicano, así cuidadosamente cultivado, y si se presenta la ocasión, valientemente defendido, esforcémonos en penetrarlo y asimilarlo en un conocimiento siempre más profundo.

Cuando un artista quiere dibujar un retrato, hace posar la persona delante de él, no se contenta con una mirada rápida, impone numerosas y prolongadas sesiones; con mayor razón, este estudio largo y paciente es necesario cuando se trata de reproducir, no sólo un rostro de carne, sino un alma, el alma de un santo, el alma de Santo Domingo donde lo humano casi se borra y desaparece en el esplendor de lo divino; es necesario un estudio laborioso. Más aún: el estudio mismo no podría bastar. Más allá del es fuerza humana, se necesita la gracia de Dios: la oración debe pues unirse al estudio; es sobre todo en el recogimiento y en la oración donde el misterio se disipa y el resplandor sobrenatural, verdadera fisonomía de los santos, se revela. Solo el Espíritu de Dios que crea los Santos, nos los puede revelar; sólo Él nos manifestará la realidad interior de Santo Domingo; es únicamente en Su luz donde aparecerá, surgiendo de la sombra donde se esconde, la dulce y gloriosa fisonomía de nuestro Padre, para precisarse a nuestra mirada interior en el brillo arrebatador de su santidad y de sus virtudes.

Re-encontrar y revivir el alma de nuestro Padre:

4°. Pero la devoción verdadera no puede limitarse a un simple conocimiento, por más profundo que sea: después de haberse saciado con la vista del Objeto amado, quiere unirse a él, asimilarlo, hacer con él una unidad lo más perfecta posible. Es la irresistible tendencia del amor: “Amicitia pares invenit aut facit: la amistad viene de la similitud, o la crea”.

¡Y bien! Esto es lo que quiere y lo que debe realizar el alma enamorada de Santo Domingo. Quiere revivirlo, en cierto modo, como gran obligación de su vocación: obligación gloriosa, pero también cuan laboriosa y difícil. No lo olvidemos: Santo Domingo habita en las más altas cimas, las cimas de Dios; allí “se levanta su tienda”, interior, y apostólica. En su vida, Dios no es un simple recuerdo, un alto rápido, un incidente pasajero; es una estadía habitual, un contacto permanente, una comunión incesante con todo lo que El es, un fluir sin fin de todo su ser en El; su vida es una mirada siempre ávida, un deseo jamás satisfecho, un impulso que siempre sube, y, en su mirada, este deseo, este impulso, su alma con todas sus potencias, pasa, ardiente, sedienta, encontrando Allí su reposo y su gozo, que a la vez lo satisface y le da hambre, lo vacía y lo llena.

Y ésto no es todo. Lo mismo que la vida de Dios no está enteramente en el misterio de sus comunicaciones íntimas, sino que se dilata todavía hacia afuera en el irresistible impulso de una infinita Bondad, lo mismo la vida de Domingo no se agota en la divina plenitud que tiene en su gloria: hace brotar hacía el exterior su sobreabundancia: de allí su vida apostólica, su celo devorante, las conquistas del apostolado, hoy como antes.

Pero apostolado siempre divino en el seno de las actividades humanas: todo lo lejos que su celo lo lleve, a ejemplo del Dios de su corazón, que se da plenamente sin salir jamás de El mismo, Domingo se entrega, él también, a las almas sin descender jamás de las alturas donde habita, sin jamás salir de la sociedad de Dios que lo posee, siempre fijo en este Dios, su centro y su reposo, tanto más retenido por el Cielo, cuánto más entregado a la tierra... ¡Este es Santo Domingo!

Tarea difícil pero realizable:

Sí, vocación difícil es la dominicana, hay que reconocerlo: de ella, como del Reino de los Cielos, es verdad decir que “solo los violentos podrán arrebatarla”.

Sin embargo, debo agregar, que si la ascensión hacia las cimas donde Domingo llama a sus hijos es trabajosa, siempre permanece posible. Para el alma ávida de perfección, el deber de subir y de permanecer en las alturas, va siempre acompañada con las gracias necesarias: Dios no rehúsa jamás ayuda al alma de buena voluntad.

Esta ayuda, ¿cómo obtenerla?

Por nuestra confianza filial:

5°. La respuesta es fácil: por una entera confianza filial en Santo Domingo.

Elevado ideal de nuestros deseos, él es, al mismo tiempo, el apoyo paternal de nuestras impotencias. El deber de venir a nuestra ayuda, de alguna manera se impone a su corazón. Ser Padre, ¿no es acaso darse y darse con todo lo que se tiene de mejor? Y Domingo es Padre: el Padre muy amante de todas las almas que componen su Familia religiosa sin excepción. Por su vocación patriarcal, nos socorrerá.

Puede socorrernos:

6°. Y no solamente debe socorrernos sino que puede socorrernos: tiene para ello, potencia sobreabundante: su gracia no es solamente una gracia personal, sino una gracia de estado, gracia “capital”, gracia plenaria, donde su familia encuentra todo el socorro necesario para alcanzar su fin religioso y dominicano. Y de este poder, Domingo al morir tenía plena conciencia, cuando, a sus hijos llorosos, reunidos alrededor de su lecho de agonía, les decía: “Hijos míos, no lloréis... os seré más útil allá adónde voy que aquí sobre la tierra”. Es oportuno y consolador recordar aquí esta tan dulce confidencia hecha a un religioso de Citeaux por el cual sentía un vivo afecto: “Os aseguro una cosa que no he dicho a nadie y que ruego guardar en secreto hasta la muerte: en esta vida el Señor no me ha negado nada de lo que yo le he pedido”. “Padre, si es así —dijo el monje— ¿por qué no pedís que el Maestro Conrado, que los hermanos desean tanto tenerlo, entre en la Orden? “Mi buen Padre —respondió Domingo— habláis de algo muy difícil, pero si queréis pasar esta noche rezando conmigo, tengo confianza en que el Salvador nos hará esta gracia”; y después de una noche de oraciones, en las primeras horas del día, el Maestro Conrado vino a golpear la puerta del monasterio, y arrojándose a los pies de Domingo, le pidió el hábito de su Orden.

El quiere socorrernos:

7°. Y no solamente Domingo puede socorrernos, sino que también quiere socorrernos. ¿Qué hay de más conmovedor en su vida que su ternura paternal hacia sus hijos? Desde el fondo de España les trae a sus hijas de Prouille, cucharas de madera, y viajaba a pie, sin ceder jamás su equipaje a sus compañeros de ruta. Durante la noche,

interrumpía sus vigiliyas y sus oraciones, para recorrer los dormitorios y visitar a los hermanos que dormían... Durante un viaje, hace un milagro para aliviar a un hermano fatigado y desfalleciente. En muchas ocasiones multiplica los panes para atender a las necesidades de la Comunidad. Y hace no solamente milagros para lo necesario, sino también para dar a sus hijos lo agradable y lo superfluo. Recordemos el locutorio de San Sixto, donde hizo circular entre los hermanos y las hermanas, una copa milagrosa donde cada uno, a su gusto, pudo apagar su sed sin que el contenido se agotara.

No solamente la condescendencia de Santo Domingo provee a las necesidades de sus hijos, sino que aparece también plenamente misericordiosa con sus mismas debilidades: así, en Prouille, el día de la dispersión de los Hermanos, enviados a través del mundo para predicar, fundar conventos, y ello, sin recursos y sin dinero, uno de ellos, Juan de Navarra, se rehúsa a partir en tales condiciones. Emocionado al ver un Fraile Predicador tan poco confiado en la Providencia, Domingo se pone a llorar y se arroja a los pies de este hijo de tan poca fe, pero en vano: no puede vencer su obstinación, y, finalmente, apiadado de tanta debilidad, le hace dar doce denarios. ¡Verdadera misericordia de un corazón de Padre! Vayamos pues a él con la más entera confianza.

Por una devoción habitual y profunda:

Hay que agregar; vayamos a él, no solo en las horas de congoja, esto sería demasiado egoísta, indigno aún de nuestra vocación. Nuestra confianza no debe reposar sobre la necesidad de un día: debe apoyarse sobre una realidad más alta, totalmente independiente de lo creado y de lo efímero. Debe apoyarse en Dios mismo, sobre esta voluntad adorable que, a-demás, siempre viva en todo tiempo y en todo lugar, nos solicita y se impone a nosotros. Aquí está la base solida de nuestra devoción a Santo Domingo.

No es una devoción pasajera, intermitente, una impresión fugitiva, un relámpago que brilla y desaparece, sino una disposición estable, un estado habitual y permanente, el flujo necesario de vida cuya fuente está en nosotros, siempre viva y surgente.

No es una devoción de fórmulas y de prácticas, una devoción del sentimiento evolucionando en la superficie de nuestra vida espiritual, sino una realidad, interior, profunda, en vinculación estrecha con la unión de Dios, fin supremo de nuestra vocación.

Es por lo tanto en el mismo centro de nuestra vida espiritual que tiene sus raíces la devoción a Santo Domingo. Está allí como una de sus riquezas más preciosas, uno de sus recursos más poderosos y activos.

Por una comunión ardiente con su vida:

En consecuencia nuestra devoción debe, no solamente, como lo hemos dicho, tener nuestra alma en presencia de Santo Domingo, no solamente acercarnos a su corazón, con una atracción completamente filial, sino también en un impulso más eficaz y más decisivo, debe levantarnos, llevarnos a un estado de unión y de verdadera intimidad con el Padre bien amado; a esta unidad que es, por excelencia, la aspiración misma del amor. Ya la perfección del alma cristiana consiste en revivir a Cristo en su plenitud, en tal forma que pueda decir, en verdad, con el Apóstol: “No soy yo quien vivo, sino Cristo que vive en mí”. La perfección del alma dominicana no debería ser diferente, pero en este caso con un matiz especial, que es para ella una luz y una fuerza. Revive a Cristo, pero “en Santo Domingo”, en la gracia particular de Santo Domingo. No marcha sola a la conquista del Señor sino que va con todas las riquezas y las potencias de su bienaventurado Padre, en una comunión ardiente e incesante con sus virtudes, con sus disposiciones, con sus sentimientos, con sus intenciones, con sus méritos, con su amor, con sus misterios, con todo lo que él es: porque, en verdad, todo esto es de ella, es su herencia y su patrimonio; porque así como en Jesús, “lo que es del Hijo es del Padre, y todo lo que es del Padre es del Hijo”, nosotros convencidos plenamente de nuestros derechos y de nuestra filiación sobrenatural, entramos, por una fe viva, en el corazón y la vida de nuestro bienaventurado Padre, nos apropiamos con un deseo vehemente, de todo lo que él es, y de todo lo que él posee (como Jacob, revestido de las prendas de Esau). Revestimos nuestra pequeñez personal, nuestra pobreza y nuestra insuficiencia, con el esplendor de su gracia y de sus méritos, y así revestidos, transfigurados, en cierta medida, en el irresistible impulso de una confianza filial, nos adelantamos en nuestra vida dominicana, a la conquista de nuestro Dios y a la transformación en Cristo.

¡Oh! Si nosotros comprendiéramos así nuestra bella vocación; si la consideráramos en esta unión permanente con Santo Domingo, si estuviéramos convencidos de que ella es una intimidad vital y profunda, una comunión incesante con su vida, un continuo comercio de amor con su alma, una sociedad, una unidad tan perfecta como fuera posible, un empuje y una elevación de todas nuestras energías y de todos nuestros instantes, para realizar todo aquello sin demora, ¡Como sería nuestra vida pronto transformada! ¡Qué santidad creciente! ¡Qué ardor, qué eficacia de apostolado, qué esplendor para la Orden! ¡Qué ayuda para la Iglesia, qué gloria para Dios!...

Que nuestra vida religiosa y dominicana se impregne pues, cada vez más, de esta intimidad con nuestro bienaventurado Padre. En la vía en que caminamos, tan llena de escollos de toda clase, que Domingo esté siempre con nosotros y en nosotros, luz de nuestras ignorancias, apoyo de nuestras debilidades, consuelo de nuestras penas, confidente de nuestras alegrías, compañero de nuestras luchas, modelo de nuestros esfuerzos, fiel

guardián de nuestros intereses, sostén de nuestra perseverancia; y así se volverá plenamente fecunda esta paternidad espiritual de la cual Dios lo ha revestido con respecto a nosotros; así viviremos en plenitud la gracia de nuestra vocación; nosotros seremos tanto más religiosos o cristianos buenos, cuanto seamos más perfectamente dominicanos.

En su humildad, Domingo al morir quiso ser sepultado “bajo los pies de sus Hermanos”, pero, vosotros lo comprenderéis sin esfuerzo, no es bajo nuestros pies que debe reposar y vivir, sino en lo más íntimo de nuestro ser, y, no titubeo en decirlo, al estar en el corazón mismo de sus hijos será para él más precioso que el esplendor de ese mausoleo magnífico que guarda sus restos y que el genio humano, en una de sus inspiraciones más puras, le ha elevado en la Iglesia del convento de Bolonia; y así mereceremos que se realice para nosotros la promesa tan consoladora del Espíritu Santo en el libro del Eclesiástico: “In opere et sermone honora patrem tuum, ut superveniat tibi benedictio”: La bendición de los Patriarcas, símbolo y certeza de la bendición del Todopoderoso, será nuestra parte. Que éste sea el fruto de este centenario y la recompensa del fervor con el cual lo hemos celebrado.

El brillo del Centenario en el Mediodía, cuna de la Orden:

Todos los conventos de la Provincia han rivalizado en su celo para darle un brillo digno de su devoción filial, me da una alegría muy viva el constatarlo.

Tolosa dio la señal con una solemnidad incomparable, que vino a realzar la presencia y la palabra del Reverendo Maestro General de la Orden; Marsella, Biarritz, Burdeos han seguido con un brillo muy estimable, y mañana San Maximino vendrá a cerrar estas manifestaciones con una piedad no menos viva y digna del lugar tan importante que ocupa en la Provincia. Los monasterios de nuestras hermanas, después del de Prouille, han tenido igualmente sus solemnidades. En la lejanía de los océanos, nuestra misión en Brasil ha hecho dignamente eco a las fiestas de Francia. Después del Triduum celebrado en Río de Janeiro y presidido por su excelencia el Nuncio Apostólico, hasta las fiestas celebradas en Conceição de Araguaya por Monseñor Sebastian Thomas en su nueva Catedral inaugurada y consagrada ese mismo día, Santo Domingo ha sido altamente venerado y cantado. La Provincia ha pagado dignamente su tributo a la gloria de su bienaventurado Padre.

Este deber se imponía en forma particular a su corazón. No podía olvidar que este Mediodía de Francia ha sido la cuna elegida por Dios para la fundación de la Orden de Predicadores; bajo su cielo, Domingo ha oído el llamado divino del apostolado, y, en sus surcos, ha arrojado la primera semilla de este árbol magnífico que desde hace siglos, cubre el mundo con su poderoso ramaje.

¡Pueda la Provincia de Tolosa, encontrar en esta gracia de sus orígenes, con una filial confianza en Santo Domingo, una generosa fidelidad a los propósitos de vida que deben resultar de este centenario!

III - NUESTROS PROPÓSITOS DE VIDA

Estos propósitos, ¿quién nos los indicara? Inútil buscarlos lejos, pidámoslos al mismo Santo Domingo. Interroguemos su corazón de Padre, en la hora suprema de la muerte, hora en que el alma, ya separada de la tierra, sola frente a Dios, contempla la verdad en su pura luz, y habla ya las palabras de la vida eterna; de sus labios mismos, recojamos la revelación suprema de nuestra vocación.

Consignas supremas del Fundador:

Esta muerte, digna coronación de una vida enteramente divina, se reviste de un carácter de conmovedora grandeza. Domingo había tenido la revelación de ello.

Y unos días más tarde, en Bolonia, al volver de un viaje fatigoso, le tomo una fiebre violenta; para aliviarlo y hacerle respirar aire más puro, lo llevaron al campo, pero, la fiebre crecía siempre y el pidió volver al monasterio; quería morir en medio de sus hijos para ser sepultado “bajo sus pies”. Alrededor de su lecho de agonía, llama primero a los novicios, y, con las más dulces palabras, los exhorta a la fidelidad a su vocación. Hace venir enseguida cerca de él a doce Hermanos, entre los más ancianos, y, en su presencia, en alta voz, hace la confesión general de su vida personal al Hermano Ventura. Cuando termina, agrega:

“La misericordia de Dios me ha conservado hasta hoy una carne pura y una virginidad sin mancha; si vosotros deseáis la misma gracia, evitad toda relación dudosa, es la conservación de esta virtud que hace al servidor agradable a Cristo y que le da gloria y crédito delante del pueblo...”

“Perseverad en servir al Señor con fervor de espíritu. Aplicaos a extender esta Orden que apenas ha comenzado. Sed estables en la santidad y la observancia regular. Creced en la virtud”.

El Testamento del Padre:

Y dicho ésto, después de haber puesto en tan alto relieve la pureza del Hermano Predicador, su amor por la Orden, el fervor que debe animarlo, el celo de las santas observancias, el deber de una verdadera santidad, su voz se hizo más solemne, como sí, en este programa de vida dominicana, quisiera ir más lejos, y subir más alto todavía, Empleando la forma sagrada del testamento, agrego:

“Mis hermanos bienamados, he aquí la herencia que os dejo, como a mis verdaderos hijos: tened la caridad, guardad la humildad, y poseed la pobreza voluntaria”.

Una vez dicho esto, terminada su misión terrestre, de cara a la eternidad, hizo esta oración:

“Padre Santo, he cumplido tu voluntad; los que me diste los he guardado; ahora, te los recomiendo, consévalos, guárdalos”.

Estas fueron sus últimas palabras: en este supremo esfuerzo con que entregaba a sus hijos sus voluntades de Patriarca y de Padre, su corazón dejó de latir.

He aquí el testamento de Santo Domingo. Este testamento, guardémoslo con una piedad filial; que sea el verdadero tesoro de nuestras almas religiosas, la viva luz de nuestra vida.

Un testamento siempre es algo sagrado, y con más razón sí es el testamento de un Padre, si éste Padre es un Santo, y un Santo glorioso entre todos. ¡Cuán grande, entonces, es su autoridad! ¡Qué veneración mantiene en el corazón de sus hijos!

El testamento de Santo Domingo es admirable: en aquella substancial brevedad, la vida espiritual está entera, concentrada y viviente.

“Tened la Caridad”, es decir, vivid de la vida de Dios, mismo... porque Dios es caridad: “El que permanece en la caridad, permanece en Dios, y Dios permanece en él”. En esta palabra tan simple y tan rápida, la vida del Hermano Predicador está completamente orientada y fijada, y también admirablemente levantada a las alturas donde ella debe desarrollarse e irradiar.

Pero, este tesoro de caridad y de vida divina, el hombre, aquí abajo, lo lleva en un vaso frágil... el vaso de la naturaleza caída; Domingo no lo ignora, y por eso agrega: “Poseed la pobreza voluntaria”, alejando con ésto al enemigo de afuera, la concupiscencia, “fuente de todos los males”; he aquí por qué dice, además: “Guardad la humildad”, golpe directo y decisivo contra el enemigo de adentro, el yo, el amor propio, foco de toda codicia y de toda rebelión.

He aquí pues la consigna suprema de Domingo, para los combates de la santidad y del apostolado... Viviente afirmación de todo lo que había sido siempre él mismo. Pobre, de una pobreza que lo hacía reducirse a lo más estrictamente necesario; humilde, de una humildad que en todo y siempre lo hacía ponerse a los pies de toda criatura...y, en la pureza radiante, consecuencia de sus renunciamientos, viviendo en una plenitud admirable la vida de la caridad, la vida misma de Dios.

Esta vida de Dios, esta vida en Dios, es lo que lo caracteriza esencialmente. ¿No nos dicen sus contemporáneos que él hablaba siempre y únicamente de Dios o con Dios? “De Deo vel cum Deo”. Y esta palabra que traduce tan bien su alma y aparece como la verdadera divise de su vida, quiso que fuera grabada en el Libro de las Constituciones de su Orden...y hoy, allí brilla todavía, fijando así para siempre con rasgo imborrable la fisonomía del Fraile Predicador.

Esta palabra sagrada, estrella bendita de nuestra vocación dominicana, gravémosla sobre todo profundamente en lo más íntimo de nuestros corazones... Y así, a ejemplo de Santo Domingo, y según la gran palabra del apóstol San Pablo, seremos, “hombres de Dios”.

Nuestra súplica hacia nuestro Padre, hasta el supremo encuentro:

Las disposiciones que en la hora de su muerte, y con tan viva instancia el santo Patriarca recomendaba a sus hijos, testigos de su tránsito, él nos las pide todavía y siempre a nosotros mismos. Desbordando el tiempo y el espacio, su mirada atraviesa los siglos, su palabra alcanza su posteridad entera y se dirige a cada uno de nosotros. Reconozcamos la voz de nuestro Padre, respondamos filialmente a su llamado... y trabajemos para llegar a ser, como él, hombres de Dios... En esta sola palabra se resume toda santidad y toda grandeza...Que en realizarla en nuestra vida dominicana se concentre lo mejor de nuestras fuerzas...y que, desde ahora, sea el claro ideal objetivo de nuestros deseos como lo cantamos en la bella oración a Santo Domingo, familiar en nuestra liturgia de la tarde y con la cual quiero cerrar estas líneas: O SPEM MIRAM.

“¡Oh, maravillosa esperanza que en la hora de tu muerte has dejado a tus hijos afligidos, prometiéndoles tu paternal asistencia en sus penas.

¡Cumple, oh Padre, lo que has prometido; ayúdalos con tus oraciones!

¡Oh, tú que por tantos prodigios, has manifestado tu potencia, alcánzanos el socorro del Cielo, pon fin a los males que nos agobian!

Para la gloria del Padre, la gloria del Hijo, la gloria del Espíritu Santo... Cumple, oh Padre, lo que has prometido; ayúdanos con tus oraciones”.

Que Santo Domingo oiga estos llamados de nuestras almas y bendiga a nuestra Provincia de Tolosa y a toda su familia actual y venidera.

El Santo día de Pascua, 21 de abril de 1935.

Marsella, Convento de San Lázaro.

Fr. J. Marie-Etienne Vaissiere O.P.

Provincial de Tolosa

Imagen de portada: “Les sœurs introduites a St. Sixte avec l'image miraculeuse de Marie (1220)”, Fr. Fr Hyacinthe Besson OP